

# La educación en búsqueda de sentido: una hoja de ruta

**Walter Wallach**

El presente artículo pretende ser a la vez un viaje, una hoja de ruta.

Es un viaje por la búsqueda de sentido de la educación, en la actualidad, en nuestro país. El punto de partida está lleno de creencias y confianzas, convicciones y voluntades. Pero también hay dudas e incertidumbres.

Estamos convencidos de que la educación es uno de los caminos a transitar para alcanzar mayor justicia social, pero sabemos también que puede ser una herramienta para la reproducción de desigualdades.

Creemos que la educación es una de las vías construidas por las sociedades para la emancipación de los seres humanos, pero no tenemos la certeza de que “cualquier educación” lo consiga.

Tenemos confianza plena en que la educación es una herramienta invaluable a la hora de transformar las sociedades, pero no esperamos lo imposible.

Con toda la voluntad de colocar a la educación en el centro de la escena, pero también con la certeza de que no puede conseguir todo lo que se le pide. La educación en la que creemos no puede ser la solución a todos los problemas. A veces el exceso de expectativas no hace sino que perdamos confianza en la misma.

Porque no esperamos todo, creemos que puede dar mucho.

En este viaje de búsqueda de sentido nos proponemos explorar cuatro estaciones.

La primera aborda un recorrido histórico por esta búsqueda de sentido. Muchas veces, entendiendo los antecedentes, la trayectoria previa de una realidad, podemos comprender la situación en la que se encuentra actualmente.

La segunda estación estará atravesada por el impacto de la pandemia en la educación argentina. Una pandemia que afectó al conjunto de la vida social pero que tuvo en la educación uno de los sectores con mayores desafíos.

En tercer lugar exploraremos una experiencia de articulación entre niveles obligatorios y universidad, esperando contribuir a dilucidar el modo en que la universidad aporta a la búsqueda de sentido de una educación fuertemente afectada por las restricciones y los desafíos.

Por último, considerando las tres estaciones anteriores, la histórica, la coyuntura y la articulación con la universidad, finalizaremos el viaje proponiendo una agenda de futuro para la educación argentina. Una prospección por lo que creemos debieran ser los principales temas a abordar a la hora de colocar a la educación en ese lugar de centralidad en la búsqueda de una sociedad más justa.

## El primer camino de nuestra ruta: antecedentes de la búsqueda

En vistas a rediseñar nuestro futuro, los argentinos necesitamos imaginar nuestra identidad en términos regionales, tanto en referencia a las regiones internas, cuanto a nuestra zona sureña y latinoamericana. La superación de las fracturas producidas por las sucesivas manos coloniales requiere políticas democráticas inteligentes, integradoras y prospectivas. Pero para establecer vínculos orgánicos con nuestros países vecinos y encontrar un lugar apropiado en el mundo, los argentinos debemos acordar algunos puntos nodales de nuestro relato histórico y de nuestra identidad. En cuanto a los educadores, somos responsables de los lazos pedagógicos que intervienen en el complicado proceso de formar una nueva subjetividad, algo más cariñosa con el lugar y el tiempo que nos toca vivir.

Adriana Puiggrós<sup>1</sup>

Como en todo el mundo y en todas las épocas, proyecto de país y sociedad y proyecto educativo caminan de la mano.

No hay una correlación lineal entre ambos porque la educación tiene, como todo sector de la sociedad, lógicas propias y autonomías relativas, pero la esencia del debate no tiene diferencias sustanciales.

Los debates no resueltos en torno al sentido de la educación en la Argentina no son muy diferentes de otros debates que atraviesan nuestra sociedad en el siglo que transitamos. ¿Quiénes son los sujetos de la educación? ¿Cómo se distribu-

1 Puiggrós, Adriana, *Qué pasó en la educación argentina: breve historia desde la conquista hasta el presente*, Buenos Aires, Galerna, 2018.

yen los saberes? ¿Para qué nos formamos? Solo cambiando educación por salud o producción, saberes por medicamentos o renta y formación por atención o producción, veremos las similitudes y relaciones.

Si partimos de esta premisa, lo que necesitamos para debatir el sentido de la educación en primer término es caracterizar cuáles son los grandes debates que atraviesan la construcción de nuestro proyecto de país. Así, aparecen rápidamente cuestiones vinculadas al modelo de desarrollo y a la distribución de la riqueza.

La tensión entre un modelo de producción primaria, extractivista de los recursos naturales, que solo beneficia a sus dueños, y un modelo de desarrollo productivo, industrial, donde la mano de obra y el conocimiento de los habitantes de nuestra patria se vuelven centrales para la generación de la riqueza, transita ya su tercer siglo. De los Debates de Mayo hasta la actualidad, nuestro país ha oscilado de forma cada vez más vertiginosa entre estos modelos con escasos matices. Este péndulo, que Juan Carlos Portantiero<sup>2</sup> caracterizó en algún momento como empate hegemónico, que ha impedido que alguno de los proyectos en pugna se impongan, ha generado más fracasos que equilibrios, más sombras que luces. Enormes dificultades para el progreso de nuestra Patria.

La tensión en torno al modelo de desarrollo no es de ninguna manera una discusión teórica, abstracta, sino que es acompañada por la discusión en torno a la distribución de la riqueza. La lucha por una sociedad más justa requiere de un modelo de desarrollo que necesite del trabajo de todos

2 Portantiero, Juan Carlos, "Clases dominantes y crisis políticas en la Argentina actual", en revista *Pasado y Presente*, Buenos Aires, 1973.

los argentinos y todas las argentinas. La batalla por la distribución es la cara visible de la discusión en torno al modelo de desarrollo.

Volviendo al comienzo, es hora de decir que los debates educativos no son distintos a esta tensión de fondo. La discusión sobre quiénes y para qué deben formarse en nuestra sociedad está directamente vinculada a la discusión en torno al desarrollo y a la distribución. Intentaremos ver en una breve serie histórica cómo esto se ha puesto en juego a lo largo del tiempo.

La escuela argentina construyó sus primeros cimientos a lo largo del siglo XIX.

Mientras la escuela primaria iba proyectando su universalidad, masificándose con la acción decidida del Estado sarmientino, y legitimaba su sueño con la sanción de la ley 1420 en el año 1884, la escuela secundaria se dedicaba a formar a los sectores que necesitaban las elites dominantes para reproducirse. Solo había lugar para los futuros universitarios en la escuela secundaria argentina de aquel momento.

Cuando la generación de 1880 forjó las bases de un país agroexportador, creó una escuela a imagen y semejanza. Primaria universal con sentido unificador (disciplinador) y escuela secundaria exclusiva para los sectores dominantes.

Sin embargo, ese modelo que a finales del siglo XIX e inicios del XX alcanzó su máxima expresión en la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo y se veía como eterno, rápidamente entró en crisis por la aparición de un nuevo sujeto social. Sectores populares vinculados fundamentalmente a la inmigración que se instala en sectores precariamente urbanizados dan origen a nuevas representaciones expresadas primero por el anarquismo y el socialismo, luego por el radicalismo que accede al poder y sin

romper las bases del modelo dominante empieza a expresar cuestionamientos y, finalmente, con el nacimiento del peronismo, logran su expresión más representativa y, sobre todo, efectiva.

No es casual que todos estos movimientos populares hayan tenido en el mayor acceso a la educación una de sus principales banderas. Anarquismo y socialismo a través de la educación popular, el radicalismo con su participación en el proceso de universalización de la escuela primaria y la Reforma Universitaria, y el peronismo a través del desarrollo de la escuela secundaria (en particular la educación técnica) y el establecimiento de la gratuidad universitaria. La lucha por la “escuela del barrio” estuvo siempre en el centro de todo movimiento social.

Así, a lo largo del siglo XX la escuela va ampliando sus horizontes para incorporar paulatinamente a las mujeres y a futuros trabajadores y trabajadoras calificados. El viejo y exclusivo colegio nacional empieza a ser acompañado por las escuelas de comercio y las escuelas técnicas. Una matrícula creciente a lo largo de todo el siglo XX iría paulatinamente acercando nuevos sujetos a la escuela secundaria, que iba dejando de ser la escuela de las elites para ir convirtiéndose en el hábitat natural de los sectores medios de nuestra sociedad.

Recién en la última década del siglo XX, con la Ley Federal de Educación se plantea la obligatoriedad de los primeros años de secundaria (tercer ciclo de EGB) y ya en este siglo la Ley de Educación Nacional plantea la universalidad (y consecuente obligatoriedad) de toda la escuela secundaria.

Pero el siglo XXI le suma su propia complejidad a este debate entre modelos de desarrollo a partir de la aparición de lo que se da en llamar habitualmente la economía del cono-

cimiento. La incorporación creciente de las nuevas tecnologías a la producción vuelve inviable un desarrollo meramente extractivo de bienes primarios, ya que aun para la explotación de los recursos naturales, la competitividad solo se alcanza incorporando paquetes tecnológicos que necesitan de mayores conocimientos.

Las nuevas tecnologías no saldan el debate entre modelos de desarrollo pero cambian fuertemente los términos de la disputa. No solo cae el peso específico de los recursos naturales, sino que el conocimiento científico y tecnológico pasa a tener un lugar relevante en el desarrollo económico como nunca antes.

La universalización, entonces, no representa solo un tema cuantitativo, sino el ingreso de sectores a los cuales la escuela había tradicionalmente rechazado. Para dar respuesta al desafío de ingreso, permanencia y egreso de los sectores populares, la escuela, además de crecer, debe repensarse. Su sentido debe transformarse para ir más allá de la formación de las elites e incluso de la preparación de las capas medias de la sociedad para su desempeño profesional y reproducción de sus condiciones de vida. Solo la democratización del acceso al conocimiento le da sentido a una escolarización universal. Y un acceso más equitativo al conocimiento adquiere valor en la búsqueda de una sociedad más justa.

La universidad, los distintos sectores productivos, la sociedad toda, interpelan a la escuela con expectativas que no siempre se condicen ni con lo que la escuela puede dar en la actualidad ni con lo que tiene sentido que dé.

Si lo que la sociedad espera a partir de los nuevos requerimientos es la democratización en el acceso al conocimiento como base para una sociedad más justa, lo que los sujetos necesitan es que esos conocimientos sean significativos

para poder hacerlos valer en el pasaje a la sociedad adulta y el ingreso al mercado de trabajo. Cuando los conocimientos se democratizan, siempre se corre el riesgo de que se devalúen. En evitar ese peligro se juegan las instituciones. Ese es el trabajo de cada escuela: lograr que los conocimientos a los que empiezan a acceder los sectores más desfavorecidos sean valiosos.

Si el acceso a la universidad era el sentido único para la escuela del siglo XIX, y la preparación para el mundo del trabajo lo que se suma en el siglo XX, es la propia forma de incorporarse a la vida en sociedad lo que se incorpora en el siglo XXI. Ya no es solamente el desarrollo nacional el que requiere de un acceso democrático al conocimiento para poder ser justo, sino que es cada individuo el que necesita cierta vida social y ciertos conocimientos para poder vivir. La paradoja es que lo que parece estar en la base, está en el vértice de la pirámide. El conocimiento más sofisticado y específico deja de ser lo que marca la diferencia y crece la centralidad de algunas competencias básicas para la vida en común, que se vuelven imprescindibles para tener un lugar en la sociedad contemporánea. Aquello de lo que la escuela se desentendía parece ser hoy su tarea primordial.

Si queremos acompañar a esta “escuela en busca de sentido”, la tarea que debemos afrontar es la de debatir acerca de lo que significa la “vida en sociedad”. ¿Cuál es la base común de aprendizajes que deben alcanzarse para hacer efectiva la promesa de la igualdad de oportunidades? ¿Sobre qué bases materiales debe asentarse la “cultura del esfuerzo”? Cuando hayamos podido avanzar en la construcción de respuestas a estas incógnitas, la escuela adquirirá nuevos sentidos y “encajará mejor las piezas” del acceso a la universidad y la preparación para el mundo del trabajo.

## Un camino atravesado por una pandemia: la escuela no volverá a ser la misma

No creo que una crisis nos haga mejores, pero sí deseo que nos haga tomar conciencia y actuar colectivamente para soñar y crear lo inconcebible, lo improbable y lo que salva. Para quienes somos docentes, espero que todo lo que estamos aprendiendo nos ayude a reinventar la enseñanza para que sea realmente inclusiva y un camino más para ayudar a construir un mundo mejor que este. Esa es la esperanza que me sostiene.

Mariana Maggio<sup>3</sup>

Hace ya más de un año comenzó una pandemia fuera de toda imaginación. Las fantasías más distópicas se volvieron relatos realistas frente al escenario global que comenzó a inicios de 2020. Una escuela en debate, en tensión, cuestionada, ingresa a la mayor incertidumbre que hayamos vivido, al menos como generación.

Con desafíos pendientes de los siglos anteriores por las enormes desigualdades en el acceso, permanencia y egreso dentro del sistema educativo en función de los orígenes de cada sujeto y con una enorme tensión en el debate acerca de los contenidos a ser trabajados en un inicio de siglo que puso como nunca a la distribución del conocimiento en el corazón de la búsqueda de justicia social, entramos a la pandemia.

Ese enorme riesgo debe ser abordado como una gran oportunidad. La escuela no volverá a ser la misma. No puede ni debe volver a serlo.

3 Maggio, Mariana, *Educación en pandemia*, Buenos Aires, Paidós, 2021.

La escuela que encontró el inicio de la pandemia estaba atravesada por un debate que tenía un profundo clivaje entre la inclusión y la calidad. Costaba mostrar que esa dicotomía no es genuina ni representativa de una educación que busque la emancipación y el crecimiento de nuestro pueblo.

No hay justicia social con una escuela que sea pobre en los aprendizajes que genera, ni desarrollo si hay sectores sociales sin acceso a la misma. La escuela solo cumple su misión si es para todos y todas y si es capaz de asegurar el acceso a los conocimientos socialmente significativos. Para todos y todas y de calidad. Buena escuela con todas las personas adentro. El orden de los factores, en este caso, no altera el producto.

La pandemia desnudó la fragilidad de un sistema educativo anclado solo en la asistencia a un espacio común durante algunas horas diarias, negando muchas veces desigualdades enormes de origen, creyendo muchas veces, ingenuamente, que un guardapolvo blanco alcanzaba para hacer realidad la igualdad de oportunidades.

Pero así como la pandemia mostró que con espacio compartido y guardapolvo no alcanza para construir pisos de igualdad, también permitió ver la centralidad de la función docente y la necesidad de incorporar tecnologías que complementen la tiza y el pizarrón. La tecnología, que se presentaba como una amenaza o una alternativa a la docencia, terminó demostrando la complementariedad necesaria. No hay tecnología que reemplace a la docencia ni docentes que puedan enseñar sin tecnología.

Y si la pandemia puso luz sobre lo que la escuela ya no volverá a ser, también debería ayudarnos a que veamos lo que queremos que sea.

Queremos una escuela que no dude un segundo en asumir la responsabilidad de enseñar a todos y todas, niños, niñas y adolescentes de nuestra Patria. Una escuela a la que le duela cada persona que se ha ido quedando afuera. Y al mismo tiempo, una escuela a la que todos y todas quieran ir. Una escuela significativa y valiosa para quienes la habitan.

La presencialidad en recuperación, tan añorada por el conjunto de la sociedad, debe sumar sentido en cada minuto que transita. El valor del encuentro, la socialización, el reconocimiento del otro, muchas veces denostado y hasta reprimido en nuestras instituciones, aparecen a la cabeza de lo que se echó de menos en el aislamiento. La vuelta a la escuela no puede ignorarlos. Si chicos y chicas que tomaron las veredas, plazas y parques para verse y hablar con barbijos y manteniendo distancias encuentran una escuela que no facilita los contactos y los obtura para atender solo el pizarrón como “sucedáneo tardío” de la pantalla de cualquier dispositivo, los estaremos defraudando. La escuela que dejamos en marzo de 2020, equipada de patio y pizarrón, fue reemplazada en este tiempo por plaza y pantalla. Y es extrañada. El regreso no puede ser un retroceso.

Si “el estar con otros” pasa a tener una relevancia inesperada, toma sentido la pregunta sobre el “para qué estar con otros”. En “lo social” es urgente incluir el aprendizaje con los otros. La construcción de conocimiento tiene que asumirse de forma colectiva. La escuela a la que volvemos tiene que “hacer hablar”, en lugar de generar silencios. Volver a la presencialidad tiene que ser volver a aprender en conjunto, aprender con otras personas.

El aislamiento hogareño de las “cámaras apagadas” tiene que poder reemplazarse por las “ventanas abiertas”,

expresivas, con todos los matices presentes, con el intercambio como protagonista.

Ninguna pregunta sobra. Ninguna duda. Ninguna diferencia. Todos los debates son bienvenidos luego de estar siendo añorados tan fuertemente. El docente extrañado, la docente extrañada, son quienes sacan las dudas, responden.

“Lo social” ocupa otro lugar en la nueva presencialidad, como debe ocuparlo “la práctica”. Estar presentes tiene que ser estar juntos y estar para hacer. No hay presencialidad significativa sin experiencias. Armar y desarmar, manipular, probar, experimentar. Romper y reconstruir. Todos los verbos, todas las acciones son necesarias en el regreso a las aulas.

Y si la escuela cambia con el regreso a la presencialidad, también cambia lo que pasó fuera de la escuela en la pandemia. Hubo situaciones que mostraron la posibilidad de generar experiencias significativas, enseñanzas y aprendizajes también fuera del aula, a través de la tecnología. La tecnología que no pudo ocupar todo el espacio de la escuela, pero que llevó la escuela a la casa de un modo nunca antes pensado.

La tecnología mostró su escasez y sus limitaciones, pero también su potencialidad. Tuvimos chicos y chicas haciendo tareas escolares en las madrugadas, lecturas de textos insospechados, conocimiento de programas de materias, registro de entregas y certezas sobre “lo visto” desconocidas en la escuela “de antes de la pandemia”.

La escuela que viene exige ser muy diferente en su gestión de lo espacial y también de lo temporal. Si el espacio escolar se achica por necesitar mantener distancias y reducir la densidad de ocupación de los espacios, lo temporal se amplía obviamente con el sostenimiento de las plataformas tecnológicas pero también con la necesidad de tener más escuelas abiertas por más tiempo.

## Un camino que se abre: la articulación entre la UNAHUR y las escuelas

Somos hijos de estas decisiones. La Universidad Nacional de Hurlingham es hija de esas decisiones: de la universidad democrática, autogobernada, desarancelada, latinoamericanista, con libertad de cátedra, reflexiva respecto de sus prácticas y de su razón de ser. Somos hijos de la posibilidad de que los trabajadores y los más humildes lleguen a la universidad. Hijos, al fin, de decisiones políticas profundas, como la de crear una Universidad Nacional en el partido de Hurlingham.

Jaime Perczyk<sup>4</sup>

La universidad no puede quedar ajena a estas transformaciones, sino que debe convertirse en un actor central de las mismas. Si solo se coloca en el vértice de la pirámide, “esperando” a sus estudiantes y juzgando a los niveles anteriores por lo que saben o dejan de saber al momento de llegar, es la propia universidad la que pierde valor. Para enseñar hay que conocer y eso no se puede hacer enajenándose del sistema educativo.

Y además de enseñar, la universidad tiene entre sus funciones principales la producción de conocimiento y la transferencia del mismo. También conocimiento educativo. También transferencia a las escuelas.

La Universidad Nacional de Hurlingham no solo está situada “en Hurlingham”, sino que es esencialmente “de Hurlingham”. Si solo fuera un emplazamiento en el lugar,

4 Perczyk, Jaime, “Presentación”, en Jaime Perczyk y otros, *Reflexiones a 70 años de la gratuidad universitaria: políticas públicas y universidad*, Villa Tesei, Libros de UNAHUR, 2019.

para estar más cerca, para evitar traslados, podría pensarse en otras soluciones alternativas, como mejorar los sistemas de transporte o becar desplazamientos. Ser de Hurlingham le da un sentido que trasciende la resolución del problema de las distancias. Es en su aporte al territorio donde esta universidad cobra otra dimensión.

Esto hace que la articulación de la universidad con el sistema educativo de Hurlingham haya comenzado apenas se puso en funcionamiento, buscando acompañar la construcción de sentido, la batalla por la democratización en el acceso a conocimientos significativos, desde el primer momento.

El plan de estudios y la inserción territorial del ciclo de complementación de la Licenciatura en Educación, destinado a docentes de todos los niveles, modalidades y disciplinas, permiten que hoy haya graduados, graduadas y estudiantes de esta carrera en todas las escuelas del distrito, generando una radialidad en los debates que atraviesa a la totalidad del sistema.

El trabajo en cada una de las disciplinas de los profesores permite reflexionar colectivamente con las escuelas acerca del modo en que se enseña en Hurlingham.

En 2018 se dio inicio a Aula Abierta, con el fin de poner a disposición lo que aparecía como una herramienta central: el campus virtual de la UNAHUR para todas las instituciones educativas del distrito. Esto que era importante en 2018 se convirtió en imprescindible en 2020, y permitió interactuar con las escuelas y trabajar articuladamente en la construcción de este sentido y saber que lo que la sociedad espera requiere aún de mucho trabajo.

Nuestro “mundo en tiempos de pandemia”, más desigual que nunca, no solo puso en riesgo la salud y la vida, el trabajo y las condiciones de subsistencia, sino también la educación de niños, niñas, adolescentes y jóvenes.

Las tensiones –sociales, sanitarias, económicas, educativas, pero también personales y emocionales– que generó el nuevo contexto global pusieron en evidencia la relevancia de un trabajo conjunto entre todos los actores del sistema educativo para garantizar la continuidad pedagógica y el derecho a la educación de niñas, niños, adolescentes y jóvenes de nuestro territorio.

La tarea más urgente en el inicio de la pandemia en materia educativa era mantener abiertas las instituciones, buscar no perder el vínculo con los y las estudiantes, seguir enseñando a pesar de todo, con una concepción amplia de enseñanza que incluyera los encuentros y el procesamiento compartido de lo que estábamos viviendo. Esto que hizo la Universidad Nacional de Hurlingham a través de su campus virtual –y que permitió que más de 15.000 estudiantes en aquel primer cuatrimestre de 2020 aprobaran al menos alguna materia y pudieran seguir avanzando en sus carreras– rápidamente fue ampliado a todas las escuelas de gestión estatal del municipio, de todos los niveles y modalidades.

Así nació Aula Abierta-Escuelas: un ambicioso proyecto que ofrece entornos virtuales y un servicio de videoconferencias de uso de datos libres para que directivos, estudiantes y docentes puedan encontrarse y posibilitar la continuidad pedagógica, a partir –y a pesar– de la suspensión de las clases presenciales.

El proyecto Aula Abierta-Escuelas estuvo destinado a casi 27.000 alumnas y alumnos de las escuelas de gestión estatal de Hurlingham. Se han puesto a disposición de la comunidad educativa 1.115 aulas virtuales (214 para nivel inicial, 471 para primaria y 430 para secundaria), registrando un total de 2.086 docentes, referentes y directivos (430 de inicial, 756 de primaria y 900 de secundaria). En la experiencia

subjetiva de la comunidad educativa, esas cifras se traducen en la posibilidad de que cada escuela cuente con un entorno virtual-clase donde construir sus propuestas pedagógicas para seguir enseñando y aprendiendo.

## **Un camino de futuro: una propuesta de agenda de política educativa**

Los principios de nuestra tradición política y pedagógica americana relacionaron tempranamente educación y proyecto político. La educación que deseamos para nuestros niños y jóvenes tiene estrecha relación con la sociedad que habremos de construir: con cuánta igualdad, cuánta justicia, cuáles van a ser los aprendizajes apropiados, de qué modo lograremos que estén al alcance de todos.

Alberto Sileoni<sup>5</sup>

La mirada que tenemos de una escuela que arrancó el siglo en búsqueda de sentido y que rápidamente se vio atravesada por una pandemia que trastocó todo su funcionamiento, junto a este trabajo articulado entre la universidad y el sistema educativo, concretado además en una primera cohorte de licenciados y licenciadas en Educación que trabajan en escuelas de Hurlingham mientras cursan su Maestría en Política Educativa bajo la dirección del profesor Alberto Sileoni, nos llevan a proponer una agenda de política educativa.

5 Sileoni, Alberto, “Honrar aquellos sueños”, en Jaime Perczyk y otros, *A 100 años de la Reforma Universitaria: Conferencias en la Universidad Nacional de Hurlingham*, Villa Tesei, Universidad Nacional de Hurlingham, 2018.

Una agenda que reconoce la centralidad que genera el retorno a la presencialidad pero pretende superarla incorporando debates que vienen de lejos y que continuarán por mucho tiempo, hasta que puedan saldarse. Una agenda para una escuela atravesada por el clivaje entre los modelos de desarrollo en pugna que arrastra desde el siglo XIX, los nuevos requerimientos y expectativas que recaen sobre la educación en el siglo XXI y la inesperada irrupción de una pandemia que todo lo trastoca, una propuesta de agenda estructural de política educativa.

Una agenda que requiere de un Estado presente, protagonista de cada uno de los desafíos propuestos, articulando entre todos los niveles de gobierno (nacional, provincial y municipal) y con los actores de la sociedad civil, haciéndose cargo de sus responsabilidades primarias. Que la escuela se sienta parte del Estado, al que representa en su máxima expresión de capilaridad territorial, requiere que el Estado se comprometa con ella.

Una agenda que sintetiza en siete puntos las principales tareas que tenemos por delante para darle sentido a la educación en el marco de un proyecto de país que busque a través del desarrollo productivo mayor justicia social, y que a su vez impulse el desarrollo a través de la democratización del conocimiento:

- 1) Universalización del acceso de niños, niñas, adolescentes y jóvenes al sistema educativo, permanencia y egreso, con la necesaria expansión de matrícula, especialmente en los niveles inicial y secundario. Esto incluye como punto de partida la recuperación del retroceso que se observa durante la pandemia. Al retomar la presencialidad, faltan los que ya no estaban y los que se

- fueron en esta etapa. Es un punto de agenda central volver a traerlos a la escuela y sumar a los que ya no estaban.
- 2) Construcción de la infraestructura pendiente y puesta en valor de la ya existente para poder hacer frente a la expansión del sistema. La infraestructura es un punto de convergencia de los esfuerzos de todos los niveles del Estado, ya que las necesidades van desde la construcción de nuevos edificios para acercarse a los sectores sociales más distantes de la vida educativa y poder ampliar la cobertura hasta la reparación y el mantenimiento permanente que permita condiciones seguras y dignas para la enseñanza y el aprendizaje.
  - 3) Incorporación del equipamiento necesario para la mejora del proceso de enseñanza, con especial foco en la eliminación de la brecha digital, tan expuesta durante la pandemia.
  - 4) Negociación paritaria que priorice la mejora de las condiciones de trabajo docente de manera integral. A partir del eje prioritario puesto en la mejora del sistema para la protección de los derechos de los y las estudiantes se vuelven necesarios acuerdos estructurales en torno al salario, carrera docente, condiciones de trabajo y formación docente permanente.
  - 5) Transformación de la escuela secundaria para poder hacer frente a las transformaciones de la sociedad. Diversificar los formatos institucionales, democratizar el gobierno escolar, actualizar sus contenidos son pilares para cambiar el nivel que debe reinventarse a partir del cambio de sentido que genera la obligatoriedad.
  - 6) Mejora de la enseñanza para asegurar la justicia en la distribución de conocimientos que le da sentido a la escuela, jerarquizando tanto la enseñanza de las disci-

plinas tradicionales como aquellos contenidos que aparecen como “nuevas demandas” de la sociedad, como la incorporación de una perspectiva de género que promueva la igualdad, la educación sexual integral, la educación ambiental, la prevención del consumo indebido de sustancias peligrosas, la perspectiva de derechos humanos y convivencia democrática.

- 7) Continuidad del proceso de ampliación y crecimiento de la educación superior, universitario y no universitario, para poder dar cuenta tanto del derecho de los y las estudiantes como las necesidades de formar técnicos, profesionales, docentes y científicos, científicas que la Argentina necesita para sostener un proyecto de desarrollo nacional.

Estos siete puntos que proponemos sintetizan un posicionamiento en relación a qué escuela necesitamos para un proyecto de país, una mirada sobre su presente y fundamentalmente una idea de futuro. Una educación que contribuya a la concreción de un modelo de desarrollo nacional basado en la producción y el conocimiento, que pueda incorporar a la totalidad de la población a un proyecto de desarrollo sustentable y con mayores condiciones de justicia social. Con igualdad de oportunidades efectiva, a partir de la generación de condiciones de partida efectivamente igualitarias y puntos de llegada, si los hubiera, en una vida plena. Ciudadanos y ciudadanas realizados en una comunidad organizada, partícipes de la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación.

Agosto de 2021

